

para el desarrollo parecen constituir ahora uno de los más sólidos asideros de quienes propugnan el aumento del gasto público. Así se conseguirán, dicen, mejores infraestructuras y más capital humano, lo que aumentará la productividad y conducirá a crecimientos más elevados y duraderos del PIB, alcanzándose mayores niveles de bienestar a largo plazo.

Lo anterior, sin embargo, no parece haberse cumplido durante el último tercio del siglo XX en los países de altas rentas. Para probarlo se han tomado los 22 países más ricos de la OCDE para los que existen datos homogéneos desde 1965 y, mediante un procedimiento estadístico de conglomerados jerárquicos, se han clasificado en dos grupos que atienden de modo simultáneo a dos variables para alcanzar esta clasificación: la primera, el nivel de gasto público de cada país en relación a su PIB en el año 2000; la segunda, la tasa de crecimiento del PIB, en términos reales y en paridad de poder de compra entre 1965 y 2000, es decir, en un periodo de 35 años.

Se han obtenido resultados muy interesantes. El primero de ellos, que en esa clasificación aparece un primer grupo de países -integrado por Alemania, Austria, Bélgica, Dinamarca, Finlandia, Francia, Grecia, Italia, Nueva Zelanda, Países Bajos, Reino Unido y Suecia- y otro segundo -formado por Australia, Canadá, España, Estados Unidos, Irlanda, Islandia, Japón, Luxemburgo, Noruega y Portugal- que son ambos muy homogéneos en sus componentes si se atiende sólo a las dos variables antes señaladas. Hay que subrayar que el primero de esos grupos partía en 1965 de un nivel medio de producción por habitante de casi 10.352 dólares que era, además, muy similar al de los países integrantes del segundo grupo, que alcanzaba entonces una producción media por habitante de unos 10.615 dólares. Sin embargo, pese a tan similares puntos de partida, los países del primer grupo apenas si lograron superar en 2000 una producción media por habitante de 22.833 dólares, mientras que los del segundo superaron en promedio los 26.761 dólares -es decir, un 17, 2% más- pese a haber partido en 1965 de posiciones similares.

La causa inmediata de esa diferencia se encuentra en las distintas tasas de crecimiento del PIB de cada uno de esos grupos. Mientras los integrantes del primero aumentaron su PIB a un ritmo medio de un 2,8%, los del segun-



AJUBEL

do lograron una tasa media del 3,9% en esos 35 años. Pero lo que quizás sorprenda es que, en 2000, los países de crecimiento más lento -los del primer grupo- tenían un nivel medio de gasto público del 48,1% del PIB, muy superior al de los de crecimiento más rápido, que habían limitado su gasto público al 38,2% del PIB. Diez puntos de menos en el peso del gasto público se correspondieron, en consecuencia, con un diferencial de crecimiento de más de un punto durante 35 años. La explicación quizás se deba a los llamados «costes ocultos de la imposición», que suelen olvidar muchos políticos y no pocos expertos cuando propugnan mayores gastos públicos para arreglar lo de la baja productividad.

Este resultado parece indicar que, en países de economía avanzada, un

nivel más elevado de gasto público, aunque obviamente permite una dotación mayor de bienes sociales, conduce a la larga a un menor nivel de bienestar para el conjunto de los ciudadanos. Eso coincide con algunas de las ideas motrices de la política económica española de los últimos años, que concedió mayor espacio a la producción privada desacelerando el crecimiento del gasto público y reduciendo las tarifas de los impuestos. Logró con ello el periodo más largo de crecimiento sostenido de nuestra historia reciente y la mayor creación de empleo de Europa. Una política, por tanto, que no deberíamos abandonar.

Manuel Lagares es catedrático de Hacienda Pública y miembro del Consejo Editorial de EL MUNDO.

vasco en los Pirineos, que han insultado y escupido a Armstrong y sacudido los vehículos del US Postal y... el Euskaltel-Euskadi.

Quienes seguimos de cerca los acontecimientos deportivos vascos desde hace muchos años, hemos visto situaciones muy sonrojantes en regatas de traineras y partidos de fútbol principalmente. Incluso, en desplazamientos del Athlétic a Barcelona, Oviedo y Santander hubo de intervenir la policía; sufriendo el sonrojo, además, de ser personal y humillantemente cacheados, todos los desplazados, en el partido contra el Aston Villa.

Como nos decían en la emisora de Birmingham, la

fama de *dangerous (sic)* nos precede. Y es que hay algunos que cuando salen se sienten superiores y, envueltos en *ikurriñas* o gritando sandeces, molestan a los aficionados locales. Hora es de que los propios aficionados tomen la iniciativa de neutralizar a estos salvajes, que dan la nota allá donde van. Lo del Pirineo ha sido la última vergüenza. ¿Pero quién le pone el cascabel al gato? Gabriel Adela Pitit. Lamiako (Vizcaya).

Confesiones de un vasco bigamo

Sr. Director:

Lo reconozco con mucha vergüenza: tengo dos mujeres. Ya sé que es injusto y que

muchos hombres no tienen ni una. Yo al casarme creí que con una me bastaría para el resto de mi vida. No fue así: pronto comenzaron las escapadas, en fin de semana o en vacaciones. No fue para abandonar a la primera, sino para complementarla.

Me gustaría tenerlas juntas, en el mismo lugar, pero son incompatibles, y sé que jamás podré vivir junto a las dos, porque son radicalmente inconciliables. Son parecidas y, al mismo tiempo, diferentes... La primera es la oficial, vasca, convencional, recia, aporta seguridad. La segunda es blanca, mediterránea, más joven, más cálida, más informal y me ha

enseñado desconocidas facetas de mi personalidad. Les he declarado a ambas, no exclusividad total, pero sí fidelidad hasta la muerte. Hay quienes no comprenden que un cariño así pueda duplicarse. Qué estrechez de corazones. Mikel Agirregabiria Agirre. Getxo (Vizcaya).

Fe de errores

La Dirección General de Instituciones Penitenciarias depende del Ministerio de Interior y no del de Justicia, como se informaba ayer en la noticia sobre la concesión del tercer grado a Dimas Martín. Por lo tanto, el ministro López Aguilar no tiene nada que ver con esta decisión.

EL RECUADRO

Zambrano la gatuna

ANTONIO BURGOS



Estamos en el centenario del nacimiento de **María Zambrano**. Los que no leyeron *Claros del bosque* seguirán sin leerlo, sin ver la mirada de María Zambrano sobre el mundo. Veremos una

película sobre su vida de exilio y soledad, y supongo que al final de todo, como en tantas otras conmemoraciones centenarias, quedará apenas la reiterada impresión de tópico.

De todo el centenario de María Zambrano el mejor homenaje no lo ha organizado ninguna Academia ni facultad de Filosofía. Se lo vienen dando hace años los gatos del cementerio de su pueblo, de Vélez Málaga. María Zambrano era tres cosas: filósofa, republicana y gatuna. Defendió a los gatos como defendió a la República Española. Demostró su valentía en la defensa heroica de los gatos. Tuvo que abandonar su casa de Roma y salir de Italia tras la denuncia de un vecino fascista que odiaba a los gatos, quizá porque en una vida anterior había sido ratón, como dice el proverbio alemán. María Zambrano, tras salir desterrada de España por republicana, tuvo que exiliarse nuevamente de Italia por gatuna, y marchar a Suiza. Pasó de dar de comer a los abandonados gatos proletarios de los barrios de Roma a cuidar los orondos gatos capitalistas helvéticos.

María Zambrano, cuando en España recobró la libertad hasta el gato, volvió su tierra y a su muerte fue enterrada en su pueblo de Vélez-Málaga. En uno de esos hermosos cementerios andaluces de cal y geranios, de silencio y mirto. En esos cementerios suele haber gatos. Parece

«Ni la más heroica tumba de Arlington tiene una guardia de honor más honrosa que los gatos que velan a María Zambrano en su sepultura de Vélez Málaga»

que están esperando la reencarnación a pie de obra: a ver qué alma pillan, como el gato que coge una cabeza de pescado para salir corriendo. Los gatos del cementerio de Vélez-Málaga reencarnan la gloria del pensamiento libre de María Zambrano. No están de acá para allá por el camposanto, sino que todos los que hay viven sobre su tumba. Generaciones enteras de gatunos han nacido y crecido junto al mármol que cubre las cenizas pensativas. ¿Quién les ha dicho que la señora que está en aquella tumba de la que han hecho su casa los amaba? La magia de los gatos, junto a la magia del pensamiento. Los gatos que María Zambrano defendió y cuidó en vida le ofrecen ahora el homenaje de la permanencia en su tumba. Ni la más heroica tumba de un soldado en Arlington tiene una guardia de honor más honrosa que los gatos que con su magia y hermosura velan a María Zambrano en su sepultura. Prueba de que los gatos son mágicos. Al fin y al cabo, filósofos, colegas de María Zambrano. Alguien, quizá una gata-diosa desde el antiguo Egipto, ha dicho a los gatos malagueños que allí está la que defendió la libertad que representaban y allí permanecen, en el mejor homenaje de su centenario. En esta hora en que tan difícil sigue siendo exponer el pensamiento, los gatos que dan guardia a María Zambrano quizá nos están diciendo con la hermosura de su silencio que ellos, en cuanto que no tienen que atenerse a la dictadura de lo políticamente correcto, quizá sea los únicos que puedan filosofar en libertad.